

VÍCTOR MORLA ASENSIO

JOB 1-28

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
0. Prolegómena.....	9
1. El libro de Job por fuera: dimensión literaria.....	13
2. El libro de Job por dentro: contenido y propósito.....	22
3. Cuestiones abiertas	31

COMENTARIO

I. PRÓLOGO

El Satán y Yahvé ponen a prueba a Job (1,1 – 2,10):	41
La apuesta (1,6-12).....	45
Primera prueba (1,13-22).....	48
Segunda parte de la apuesta (2,1-7a).....	50
Segunda prueba (2,7b-10).....	52
Expedición de sabios (2,11-13)	56

II. DIÁLOGOS

PRIMER CICLO DE DISCURSOS (cc. 3-14)	61
Job maldice el día de su nacimiento (c. 3).....	63
Adversidad y confianza en la divinidad (cc. 4-5).....	71
El hombre aplastado sólo conoce su miseria (cc. 6-7).....	90

Trayectoria necesaria de la justicia divina (c. 8).....	106
La justicia divina está por encima del derecho (cc. 9-10)..	119
La sabiduría de Eloah exige la confesión de Job (c. 11)....	150
La sabiduría de Eloah se manifiesta en los estragos de su poder (cc. 12-14).....	161
SEGUNDO CICLO DE DISCURSOS (CC. 15-21)	217
Job se condena por su lenguaje (c. 15).....	218
Injusticia divina y evocación de la muerte (cc. 16-17).....	241
Ineficacia de la ira frente al orden de la justicia (c. 18)....	272
Job reclama la presencia de un defensor (c. 19)	284
Carácter inamovible del orden de la justicia (c. 20).....	313
El mentís de los hechos (c. 21).....	331
TERCER CICLO DE DISCURSOS (CC. 22-27)	363
Castigo divino y justicia (c. 22)	364
La divinidad está lejos y el mal prospera (cc. 23-24)	391
Grandeza de la divinidad (c. 25)	425
Respuesta a Bildad. Grandeza de la divinidad (c. 26).....	430
Job se aferra a su honradez. Destino del maldito (c. 27)...	446
ELOGIO DE LA SABIDURÍA (C. 28)	473
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	501

INTRODUCCIÓN

0. Prolegómena

Cuando alguien quiere presentar una persona a algún conocido, lo más normal es que empiece por decir su nombre y procedencia. Sólo en un segundo momento podrá mencionar a su familia, su profesión, sus aficiones, su carácter, etc. Lo mismo ocurre con un libro, sobre todo si es tan complejo como el que tenemos entre manos. Empecemos por algunas generalidades, para pasar después a definirlo desde otras dimensiones más profundas o menos evidentes.

0.1. *EL LIBRO*

El libro de Job es una auténtica caja de sorpresas. A la vuelta de cada página se sorprende el lector ante la aparición de nuevos datos o de insólitos detalles. Sin duda se trata de una obra rica, pero al propio tiempo envuelta en un halo enigmático. De ahí la necesidad de ir paso a paso en su presentación. Nos obliga a ello lo que podríamos denominar “pedagogía del conocimiento”.

0.1.1. *Nombre del libro.* El título del libro se corresponde con el de su personaje principal (principal en el sentido de que el autor se sirve de él para transmitir un determinado mensaje). Pero la forma castellana “Job”, deudora de las versiones griega y latina, sólo reproduce de forma imperfecta la original hebrea *'yyôb*. Resulta difícil saber (aparte de ser relativamente indiferente) si esta forma nominal deriva de

una raíz que denota enemistad (Job “enemigo” de Yahvé) o de otra que indica arrepentimiento (Job el “penitente”). Lo que sí puede decirse es que el nombre de Job no fue inventado por el poeta, pues la raíz de la que puede derivar ya aparece en textos de execración egipcios y en algunos documentos mesopotámicos del II milenio a.C.

0.1.2. *Texto y versiones.* El texto del libro de Job resulta en ocasiones difícil de traducir, hasta tal punto que no es insólito comprobar que algunas versiones vernáculas definan la traducción de algún término como “dudosa” o “conjetural”, o que incluso haya estudiosos que se resistan a traducirlo. Junto con los de Oseas y Miqueas, el libro de Job representa la obra más compleja contra la que tienen que batirse denodadamente traductores y críticos textuales. Por otra parte, el orden de los caps. 24-27 está tan deteriorado que todas las propuestas de reconstrucción que han hecho lo expertos se mueven necesariamente en el inseguro y movedizo terreno de la hipótesis.

Si echamos una ojeada a las versiones, nos encontramos con detalles curiosos e incluso sorprendentes. Parece ser que la versión *griega* conocida en el siglo II tenía unos cuatrocientos versículos menos que el texto hebreo masorético (TM) del que disponemos actualmente. ¿A qué se debe esto? ¿Ampliaciones ulteriores de TM?; ¿dificultades de los traductores griegos para comprender un original realmente enrevesado? Difícil saberlo. La versión *siríaca* es ocasionalmente útil, pues, al ser traducción del hebreo, ayuda a aclarar algunas palabras oscuras del original. Menos utilidad aporta la *Vulgata*, pues el propio san Jerónimo confiesa que tuvo muchas dificultades para traducir el original, de modo que optó por una literalidad que en nada ayuda a la comprensión del texto hebreo, aparte de que en algunos momentos recurrió al sentido general de los versos difíciles, con la carga de hipótesis que tal opción conlleva.

En tales circunstancias, hay que pensar que el texto hebreo sigue siendo la fuente más fiable, a pesar de sus numerosas dificultades de comprensión. Justo es reconocer, al respecto, que las modernas investigaciones sobre filología ugarítica y eblaíta han aclarado numerosos términos hebreos que hasta entonces permanecían en un gris anonimato. Esperemos que ulteriores investigaciones sigan arrojando luz sobre el texto hebreo.

0.1.3. *Canonicidad*. A pesar de las duras y controvertidas páginas que integran el libro de Job, casi nunca han existido dudas sobre su canonicidad. Únicamente en los albores del cristianismo fue puesta en duda por Teodoro de Mopsuestia. El libro de Job forma parte de la tercera sección de la Biblia hebrea (tras la Torá y los Profetas), conocida como “Escritos” (*ketubim*). El orden que ocupa el libro de Job dentro de esta sección es indiferente: el códice Alejandrino presenta el orden Salmos-Job-Proverbios, mientras que san Cirilo de Jerusalén, san Jerónimo y otros testimonios antiguos hablan de Job-Salmos-Proverbios.

0.2. AUTOR Y FECHA DE COMPOSICIÓN

Estamos ante un tema problemático, que estará siempre abierto a discusión. Ningún autor ha dado hasta el momento con la solución, probablemente porque hoy por hoy no la tiene. Aquí podría venir bien el adagio latino *tot capita tot sententiae*, es decir (traduciendo libremente), tantas opiniones como autores. Pero esto no nos exime de la necesidad de decir algo aproximativo.

Resulta evidente, como podremos ver más adelante, que el libro de Job es una obra compuesta. A pesar de ello, tuvo que haber un poeta genial que imprimiese al libro la alta calidad literaria que lo caracteriza y que lo sitúa merecidamente entre las cumbres de la literatura universal. Es normal, pues, que haya servido de fuente de inspiración a literatos, pintores y artistas en general. Pero desgraciadamente hemos de reconocer que estamos ante una obra anónima. Nos gustaría poder encontrar en algún rincón del mundo una escultura dedicada al autor del libro, con el lema: «Al poeta desconocido». Se la merecería.

Parecida oscuridad nos envuelve cuando tratamos de adentrarnos en el territorio de la fecha de composición. Tampoco en este caso se ponen de acuerdo los expertos, a pesar de rebuscar en idénticos depósitos culturales: lingüística, literatura y religiones comparadas. ¿No se puede deducir nada del lenguaje del libro de Job?, se han preguntado siempre los interesados. Pero, apenas comenzada la indagación, el filólogo advierte que la lengua del libro de Job, a pesar de responder a ostensibles cánones del hebreo clásico, está erizada de dificultades. ¿No será una traducción del árabe?, se preguntó ya en su

tiempo Ibn Ezra. De ese modo, podrían explicarse numerosas palabras oscuras del libro de Job. Pero tal criterio podría aplicarse a gran parte de la literatura hebrea del AT, sobre todo a los textos poéticos. Lo que realmente sorprende en el libro de Job es el enorme caudal léxico arameo que contiene, si lo comparamos con otros libros bíblicos. Los que aventuran la hipótesis del original arameo sostienen que el traductor sólo trasvasaría al hebreo los términos que pudieran no ser entendidos por los lectores hebreos. De ser esto así, el libro habría sido escrito en la época de florecimiento de la lengua aramea: el periodo postexílico. Pero, por distintas razones cuya explicación resultaría necesariamente prolija, limitémonos a decir que parece a todas luces decididamente complejo e inseguro conducir por esos cauces la investigación relativa a la fecha de composición.

A muy pocos investigadores se les ha pasado por alto el trasfondo patriarcal del libro de Job, concretamente en las secciones en prosa que abren y cierran la obra. No se menciona ningún tipo de santuario; además, los sacrificios para aplacar la cólera divina son ofrecidos por el propio patriarca (1,5; 42,8). La riqueza se evalúa en términos de rebaños y esclavos (1,3; 42,12; véase Gn 12,16; 32,5). Finalmente, la excepcional longevidad de Job (véase 42,17) sólo es igualada o superada por los patriarcas.

Si prestamos atención a los datos proporcionados por la literatura comparada, observamos que el marco narrativo de Job, con rasgos propios de la épica semítica, tiene sorprendentes contrapartidas en la antigua literatura de Ugarit y Mesopotamia. Incluso un paralelo sumerio se remonta más o menos a comienzos del II milenio a.C. Una pregunta se impone: ¿existían ya antes de la aparición de nuestro libro una leyenda y una épica relativas al personaje encarnado por Job y a la temática que lo caracteriza? Así podría deducirse de la mención de Job, junto con otras figuras legendarias (Noé y Daniel), en Ez 14,14.20. Desde esta perspectiva se esfumaría sin remedio la posibilidad de ofrecer una respuesta al tema de la fecha de composición.

Pero hay un dato en el prólogo del libro de Job que nos ayudaría a precisar su fecha de composición: la figura de «el Satán» (con artículo, como en Za 3,1ss), que situaría el origen del libro en el periodo persa. A este dato conviene adjuntar otro: la demoledora crítica que el autor del libro formula, por boca de Job, a la doctrina de la retri-

bución. Y tal crítica es más apropiada en el periodo postexílico, cuando la nación israelita había sido testigo de su fracaso como entidad político-religiosa y tenía impresa a fuego en su alma la sospecha de que había sido injustamente abandonada por su dios. Por estas y otras razones, los críticos interesados en la fecha de composición apuestan por un arco de tiempo que va del siglo VI al III a.C. El autor del libro del Eclesiástico (comienzos del siglo II a.C.) parece conocer ya la obra (véase Si 49,9).

1. EL LIBRO DE JOB POR FUERA: DIMENSIÓN LITERARIA

Podemos decir (naturalmente en tono de zumba) que el libro de Job no es apto para amantes de la poesía con propensión a las cardiopatías. Estamos ante una obra de tal altura literaria y tal hondura teológica que el lector se ve acosado por la perplejidad y atrapado por la belleza a la vuelta de cada página del libro. Y el comentarista se siente confundido y avergonzado al tener que hacer de presentador de tan abrumador monumento literario. Lo ideal sería el silencio, ¿pero quién se resiste a los gritos de Job?, ¿qué lector no intenta, aunque sea torpemente, parafrasear un libro que le está retratando a él personalmente en algún momento de su existencia? Quien no se siente interpelado por el libro de Job y retratado en alguno de sus versos es que no ha vivido lo suficiente o no ha sabido vivir.

1.1. *PRIMERAS IMPRESIONES SOBRE EL LIBRO*

Cualquier lector que tome en sus manos el libro de Job advertirá inmediatamente el contraste entre la prosa del prólogo y el epílogo, por una parte, y el cuerpo poético, por otra. Pero el contraste no afecta sólo a la forma, sino también a las dimensiones. En efecto, mientras prólogo y epílogo no llegan a ocupar en total tres capítulos, el edificio poético manifiesta una solidez aplastante de treinta y nueve capítulos. Además, mientras la parte en prosa se caracteriza por una relativa sobriedad, el corpus poético sobreabunda en temática y recursos literarios.

Esta tensión entre prosa y poesía ha inducido a muchos expertos a estudiar el diálogo poético sin tener en cuenta los datos ofrecidos

por las dos secciones en prosa. Pero, como podremos comprobar en el comentario, el diálogo entre los cuatro amigos requiere cierto tipo de introducción (sobre todo la apuesta entre Yahvé y el Satán), de otro modo sería difícil explicar un poema que comenzase con la irrupción en escena de un personaje que se extiende en una perorata tan dramática y violenta (cap. 3).

Por otra parte, justo es decir que prólogo y epílogo forman un todo bastante equilibrado y coherente (si excluimos la presencia en el epílogo de los tres amigos de Job). Encontramos una disposición análoga en otros paralelos de la cultura mesopotámica, concretamente en la obra conocida como “Job Babilónico” (*ludlul bel nemeqi* = “Alabaré al señor de la sabiduría”).

Mientras que el conjunto prólogo-epílogo se presenta claro, curioso y atractivo a los ojos de cualquier lector, éste suele desistir con frecuencia de leer los diálogos poéticos entre los amigos debido a su estilo, farragoso en ocasiones y sin aparente coherencia en el desarrollo del discurso. Los tres contertulios de Job, a pesar de intervenir a su debido tiempo en la rueda del diálogo, dan la impresión de constituir una sola voz; hasta tal punto que no es fácil discernir los puntos de vista de cada uno. Por otra parte, un lector no muy atento puede llegar a la conclusión de que las distintas respuestas de los contertulios pasan frecuentemente por alto el tema propuesto por el interlocutor correspondiente, como si se tratara de un “diálogo de sordos”, como si Job y sus amigos hablasen uno tras otros, no uno con otro. Pero justo es decir que este aparente estilo deshilachado no es fruto del quehacer de un poeta descuidado, sino que responde a las características propias del discurso oriental, que no debe ser enjuiciado a partir de una normativa retórica de corte occidental. El hombre oriental no aborda linealmente una problemática, en un discurso progresivo claro y distinto, al que estamos acostumbrados los occidentales. Más bien toma globalmente la temática del debate y recurre a una especie de raciocinio cíclico que hace que el contenido del discurso vaya y venga una y otra vez, y salta de una cuestión a otra con el propósito de ofrecer aspecto de profundidad.

El lector atento (y realmente interesado en la problemática abordada) se sorprenderá también al menos ante tres datos literarios, que le obligarán a poner en tela de juicio la unidad del libro. En primer

lugar se preguntará: ¿cómo es posible que Job, tras la interpelación a su mujer en 2,10 y después del respetuoso silencio manifestado en 2,13, irrumpa en el cap. 3 con tanta vehemencia, maldiciendo el día de su nacimiento? En segundo lugar, le llamará la atención la ubicación del himno a la sabiduría del cap. 28, un destello de lirismo que parece interrumpir el diálogo entre Job y sus contertulios. ¿Cuál es su función en el lugar que ocupa, si es que tiene alguna? Y en tercer lugar, el lector sospechará que está fuera de lugar la larga intervención de un inesperado personaje, Elihú, en los caps. 32-37. ¿Qué función tiene su argumentación cuando sustancialmente no se distingue de la propuesta por los tres amigos de Job? Más aún, ¿cuál es el origen de esos seis capítulos, cuando ni Job, ni Yahvé ni el epílogo tienen en cuenta a ese personaje y a su prolijo discurso? Estos datos y otros de menor relevancia han suscitado una consistente duda entre los expertos respecto a la integridad literaria del libro de Job.

1.2. ASPECTOS LITERARIOS

El poeta o poetas responsables del diálogo (caps. 3-41) ponen de manifiesto una profunda maestría en el cultivo de la poesía hebrea. Para empezar, hacen un uso genial de los recursos a que se presta el paralelismo hebreo, hasta tal punto que son capaces de recrear todo un mundo de ambigüedades y equívocos que hacen de Job un libro único. Así, es muy raro encontrar un hemistiquio que se limite a repetir (paralelismo sinonímico) o contrastar (paralelismo antitético) el pensamiento del hemistiquio adyacente. Por otra parte, el libro de Job se caracteriza por el abundante uso de todo tipo de recursos retóricos: quiasmo (5,14; 20,2-3), asonancia (16,12), onomatopeya (41,40), etc. Una técnica poética realmente creativa consiste en comenzar un poema mencionando un par de términos que progresivamente serán desarrollados en los versos sucesivos. El cap. 3, con su mención inicial del “día” y de la “noche” (y toda una constelación de sinónimos), ofrece al lector un magnífico ejemplo de lo que queremos decir.

Otro recurso poético consiste en repetir un mismo término en lugares estratégicos de un poema, de modo que el lector puede descubrir el propósito del autor. En el cap. 28, por ejemplo, se repite el término «lugar» (*māqôm*) en los vv. 1.6.12.20.23, de modo que el lector atento advierte la intención del poeta de describir la sede natural

de todas las cosas dentro del orden cósmico, sabiduría incluida. Todo tiene su “lugar”. En este mismo capítulo desarrolla el poeta un recurso literario que podríamos calificar de “desvelamiento progresivo”, con un uso de la intriga que excita necesariamente la curiosidad del lector. En los once primeros versos el poeta se limita a describir determinadas realidades, al tiempo que el lector se limita a asentir sin más. Pero llegado el v. 12 con sus preguntas, el lector advierte de pronto que el poeta está ofreciendo tácitamente desde el principio una serie de datos que ayuden a captar su mensaje: la misteriosa ubicación y la inaccesibilidad de la Sabiduría. Es decir, el poeta, en lugar de manifestar abruptamente al principio lo que pretende, prefiere excitar el interés del lector mediante el uso de oraciones negativas: «no sabe»; «no está»; «no se da»; «no se paga»; etc. (vv. 13-19). Una nueva pregunta en el v. 20 comienza a inquietar el ánimo del lector; y los rodeos de los vv. 21-22 retrasan de nuevo la respuesta. Al final llega la solución: «Sólo Elohim conoce su camino...». En Pr 5,15-19 puede encontrar el lector un recurso estilístico análogo.

El libro de Job se caracteriza también, más que ningún otro libro del AT, por poner de relieve una intensa relación entre estilo poético y mensaje teológico. El autor o autores, para poner en evidencia la ambigüedad real de la supuesta uniformidad del orden cósmico, recurren con frecuencia a juegos de palabras, dobles sentidos, analogías y, sobre todo, al uso polivalente de las metáforas animales y vegetales. De este modo, se va poniendo en evidencia la necia actitud de los amigos de Job, que pretenden deducir del orden del cosmos y de la regular interacción de sus elementos una mecánica doctrina de la retribución. El mundo natural tiene evidentemente sus controles, pero sometidos a la voluntad divina, no viceversa. Deducir del orden natural el modo en que la divinidad debería actuar implica negar su soberanía. Ésta es la finalidad del recurso estilístico a la ambigüedad en el libro de Job. Las cosas no se mueven por la necesidad, sino por la posibilidad, teniendo además en cuenta la eficacia de la libertad divina.

Finalmente, en el cap. 3 descubrimos una nueva faceta de la relación entre recursos estilísticos y teología. Todo el mundo conoce la cualidad arquetípica intercultural del término “luz”. En el AT, por regla general, la luz simboliza la vida; es imagen de la felicidad y la

prosperidad, en una palabra, del *šālôm*. Por su parte, la “oscuridad” simboliza el peligro, la desdicha y la muerte. Pues bien, en el cap. 3 descubre el lector, sin esfuerzo, una inversión de los valores de estos arquetipos: la tiniebla se ha convertido en felicidad; la luz, en desdicha y fracaso. Esto que podríamos definir como “perversión estética” no es más que un reflejo de la perversión que Job percibe en el orden natural y de la perversión (experimentada vitalmente) de la doctrina de la retribución.

1.3. ESTRUCTURA GENERAL

En este punto nos encontramos con nuevos escollos. No resulta fácil determinar la estructura del libro de Job, por distintos motivos. En primer lugar, no parece estar conseguida la combinación de prosa y poesía; las junturas chirrían. Por otra parte, el propio corpus poético parece contar al menos con dos finales de los ciclos de diálogos. En tercer lugar, el cap. 28 parece interrumpir una larga intervención de Job. En fin, ¿qué sentido tiene la larga perorata de Elihú (caps. 32-37), cuando el lector espera la respuesta de Yahvé? Pero vayamos por pasos.

Como ya hemos dicho, el lector advierte rápidamente en el libro un marco en prosa (caps. 1-2; 42,7-17) y un amplio cuerpo poético (3,1 – 42,6). Una mirada acrítica daría por buena esta estructura general. Pero, desde la perspectiva ofrecida en el párrafo anterior, podemos descubrir una estructura alternativa. Centrémonos, por ejemplo, en los caps. 1-2. El lector, a quien el poeta da acceso al consejo de los dioses, puede ver y oír cómo Yahvé da permiso al Satán para torturar física y psicológicamente a Job, con la finalidad (¿ingenua o cruel?) de demostrar que la conducta de su siervo es intachable, que su religiosidad no depende de las bendiciones divinas traducidas en prosperidad económica y familiar (véase 1,9). Pasada ya la doble prueba, y comprobada finalmente la integridad religiosa de Job, el narrador se hace sin duda eco del pensamiento divino y apostilla: «A pesar de todo, Job no pecó con sus labios» (2,10). Aquí podría acabar el relato edificante del bueno de Job, sección a la que habría que añadir quizá la parte del capítulo final en la que se nos informa de la restitución, por parte de Yahvé, de los bienes de los que había permitido despojar al héroe. La intriga narrativa no requeriría más elementos. Sin em-

bargo, en 31,40 nos ofrece el poeta otro broche de cierre: «Fin de los discursos de Job». Algo ha ocurrido aquí. Veámoslo.

Efectivamente, la sumisión que muestra Job al final del cap. 2 da paso en el cap. 3 al retrato de un hombre radicalmente transformado: apasionado, convulsionado y agresivo, maldiciendo el día de su nacimiento. Además, esta nueva faceta psicológica va en aumento conforme se prolonga un abigarrado debate con tres amigos. Hasta tal punto se desborda su contenida personalidad que pretende llevar a Yahvé ante un hipotético (e imposible) tribunal para que dé cuentas de su sañuda e inmisericorde persecución. Yahvé ha puesto a prueba a Job; ahora es el héroe quien pretende someter a prueba a la divinidad. El mencionado broche de 31,40 podría dar por zanjada la cuestión preliminar, en espera de la respuesta del acusado-Yahvé. Pero antes, alguna mano anónima ha introducido los caps. 32-37, cuya función en la obra es difícil de explicar.

La intervención de Yahvé desde el torbellino (caps. 38-41) no aborda directamente el reto de Job; más bien contiene un reto desafiante lanzado a Job. Al final, éste acaba reconociendo que no tiene ningún derecho a decidir el modo en que ha de funcionar el orden cósmico. Ha descubierto que la libertad divina es ilimitada e impenetrable para el ser humano, y que si Yahvé es libre para afligir, también lo es para bendecir (véase 42,12-17). «Y Job murió anciano y colmado de años». Y colorín colorado...

A tenor de lo expuesto, podemos decir que el libro de Job está integrado por tres partes, que se corresponden con los elementos de un relato de tipo genérico o del cuento popular en particular: presentación de personajes y exposición (Yahvé aflige a Job); complicación (Job reta a Yahvé; Yahvé reta a Job) y desenlace (Yahvé bendice a Job). Este tercer momento tiene lugar después de que Job, supuestamente acusado en falso por Yahvé, retira su denuncia contra éste (42,2-6). Teniendo en cuenta estos datos y apurando un poco más, algunos autores opinan que la estructura del libro, tal como lo hemos recibido, responde al esquema de la metáfora legal. Ahora bien, si prescindimos del corpus poético y nos atenemos al relato épico original que subyace a prólogo y epílogo, la estructura, como hemos dicho, responde a la didáctica típica del cuento popular centrado en personajes ejemplares.